

BOGOTÁ

I

Para que me imagines, nada más llegar a Bogotá conocí a un artista que al nacer le llamaron Ludwig. Eso fue cuando vivía en Alemania; un tiempo después, ya en Uruguay, su madre pasó a llamarle Peter. Cuando sucede este tipo de cosas los nombres son como un trasplante de órganos: uno sigue siendo la misma persona pero carga con algo ajeno que, con suerte, no causa reacciones en el sistema inmune, no es rechazado por el cuerpo. El nombre se absorbe y con el tiempo pasa a ser una parte no cuestionada.

En el caso de Ludwig sí fue cuestionada, y ahora este artista se pregunta sobre el abuso de poder que se comete cuando se nombra sin dejar espacio al cuestionamiento. El arte es uno de los instrumentos fundamentales para cuestionarnos y nombrar las cosas, el único que puede desnombrarlas una y otra vez... Esto nos quiere decir Ludwig Camnitzer, el artista. Porque si bien aprendemos a nombrar las cosas aprendamos ahora a desnombrarlas, a desnombrarnos; a transitar por la ignorancia que es el campo de lo innombrado donde solo entonces me imagines para que me imagines.

II

Para que me imagines estoy parado en pleno corazón de la ciudad, entre las calles doce y trece, frente a dos largas mesas con sus seis tableros donde los jugadores calculan su siguiente movimiento. Luis Garzón, ajedrecista, hace más de treinta y cinco años materializó la idea. Dejó las ventas ambulantes y se acogió al proyecto de las casetas de la carrera séptima, con venta de dulces y periódicos. Un día, conversando con un amigo, decidieron jugar una partida de ajedrez. «Ese día, fueron varios los curiosos que se acercaron a ver y a preguntar. Al día siguiente llevé tres tableros más y así comenzó todo».

Don Luis abre su caseta cada día y monta las mesas a las 9:00 a.m. Cuenta que las partidas de ajedrez son un espacio clave para el *relacionamiento*. «Yo le diría a la gente que juegue, que esto ayuda a pulir los defectos, a tolerar, soportar, y otra cantidad de cosas». Pareciera que hablara de nosotros, de nuestro juego cesado, aniquilado. Sentado en una de las mesas le pido a don Luis que me enseñe. Me descubro torpe, gastado, tembloroso ante el tablero por no saber qué ficha mover ni cómo he acabado aquí.

Para que me imagines.

III

Para que me imagines he pisado La Puerta del Infierno, junto a La Caracas: una *olla* sombría y sucia, en plena arteria de Bogotá. El Bronx lo llaman: cinco cuadras, entre la novena y décima; edén del bazuco, el *crack* y las tulas de dinero. Eso era antes. Antes de su demolición y de los planes especulativos. Antes de que echaran a patadas a los que nadie quería. Ahora, en ese mismo escenario, y en una llamada desesperada a los *hipsters* de turno, el ayuntamiento construye La Ciudad Creativa. Pero por más que han bailado las excavadoras aún quedan signos del infierno en sus paredes. Como el grafiti del padre Javier de Nicoló, o algunas cartas olvidadas pegadas en los ladrillos: «Hola mamá, quiero que sepa que me hace mucha falta. Que apenas acá es cuando me he arrepentido, porque ya es tarde pero cuando salga de acá vamos a estar cambiando todos. Porque esto nos va a marcar de por vida». De por vida. Porque ya es tarde para que me imagines.

IV

Para que me imagines, al iluminarse la pantalla del cine Tonalá descubro las faldas de la Señorita María: una mujer campesina que vive sola en la falda de la montaña. El plano general pronto muta en primer plano donde se la verá destrenzándose, peinándose, y solo entonces, afeitándose la cara: la Señorita María no siempre ha sido señorita. Luce ajada, masculina, morena, nariz grande y quijada cuadrada; pero dice cosas inocentes con gestos de jovencuela y una voz saltarina y aguda. Con tal inocencia se bautizó a sí misma con el nombre de la Virgen, «la que nunca usó pantalón», la mujer impoluta por excelencia: María. María Luisa Santos, logra firmar con orgullo y torpeza.

Todos los que la rondan dicen verla como una rareza sin remedio. Más digna de lástima que de otra cosa. La moral colombiana y el horror del campo, que conoce todas las tristezas. Cómo las conoce la Señorita María; que no ha sido poco el daño, el abandono, aunque nos sonría de la manera más pura, más cierta. Se diría que es como una flor exótica, tenaz, amazónica, que lucha por emerger de una ciénaga oscura y humeante en el corazón de los Andes. Una heroína de inmenso valor y fortaleza a la que solo le basta sentirse mujer para sentir que existe en este mundo. Extraordinaria, fuerte, atormentada, frágil, como un río de lágrimas.

Para que me imagines.